

1938 M-3-10-2
2

BOLETÍN
===== DE LA
MASONERÍA DEL URUGUAY

PUBLICACIÓN OFICIAL

=====

TRIMESTRE JULIO - SETIEMBRE - AÑO 1938

1



A. L. G. D. G. A. A. B. U. R.

BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY

PUBLICACIÓN OFICIAL

JULIO-SETIEMBRE DE 1938

NÚMERO 3

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Dr. Duvimioso Terra 1481 - Montevideo (Uruguay)

SUMARIO:

	Pág.
MENSAJE AL SR.°, GR.°, OR.°	67
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, 33º	72
AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD	79
UNA LIBERTAD DIFÍCIL DE ADQUIRIR	89

Director, Redactor responsable: Z. A. LÓPEZ VIDAUR
Dr. Duvimioso Terra 1481 - Montevideo - Uruguay



MENSAJE AL SER.: GR.: OR.:

Transcribimos a continuación el Mensaje presentado, por el Ser.: Gr.: Maest.:, al Gr.: Or.: del Uruguay, en la primera sesión ordinaria celebrada por ese alto cuerpo después de su reciente instalación.

Como se verá, se esboza en ese documento un verdadero programa de acción inmediata, que consideramos perfectamente encuadrado en los altos postulados de nuestra universal Institución.

Destacamos especialmente lo que se manifiesta respecto de los medios que se conceptúan eficaces para alcanzar las finalidades económica y social, por la importancia que esos problemas tienen en la hora presente.

En nuestro próximo número lo comentaremos como merece.

Al Serenísimo Gr.: Or.: del Uruguay:

Son tan amplios, tan ricos en sugerencias y tan generosos en sus contenidos, todos y cada uno de los principios y fines que integran y estructuran la Mas.:, que resulta una tarea difícil escoger algunos de ellos, para fundamentar un programa inmediato de acción y de objetivos a alcanzar, condicionados ambos a la realidad del momento que vivimos.

Sin embargo, es necesario hacerlo. El agrupamiento disciplinado y cohesivo de nuestras fuerzas y su aplicación durante un período continuado de tiempo, a la obtención de un número concreto y limitado de objetivos, es de fundamental importancia en los actuales momentos.

La elección que con tal fin hacemos, no implica ni el establecimiento de una jerarquía de valores en nuestros prin-

cipios, que no puede ni debe existir, ni el olvido de uno solo de ellos. La Ord. . tiene una arquitectura y una unidad ideológica tan admirables, que fragmentarlas sería desnaturalizarlas.

LA MAS. . Y ALGUNAS DE SUS FINALIDADES

a) Filosófica.

El hombre no ha podido, a pesar de sus esfuerzos a lo largo del tiempo, alcanzar la Verdad. El mas. . debe ser respetuoso y tolerante con todas las ideas; aceptar el análisis y la discusión en todos los planos, es la conducta mental que debe imponerse. Siendo perfectible la Verdad, relativa, alcanzada, la actitud del mas. . consciente es esencialmente dinámica y no estática.

b) Moral.

En el plano doctrinario, nuestra posición espiritual en cuanto a la ética es la misma que ocupamos en lo filosófico: estudio y libre análisis de todas las escuelas de moral universal.

Como reglas de conducta, la práctica de todas las virtudes, la honradez, la ilustración, el trabajo, el respeto y consideración mutua. La Caridad será ejercida sin humillación del socorrido, no como un don gracioso que brinda el privilegiado, sino como un deber de fraternidad y de solidaridad con el menos favorecido por la naturaleza, por la suerte o por la organización social.

c) Social.

Lograr la igualdad de derechos y el respeto a la personalidad humana. Libertad absoluta de conciencia sin más límites que la obligación de permitir a los demás el ejercicio de esta preciosa conquista.

La organización social debe facilitar la total expansión de la personalidad, su educación integral y el libre juego de sus potencias anímicas. Que todos los hombres tengan, en su tránsito por la vida, las mismas facilidades para triunfar en ella, sin más limitaciones que las obligaciones colectivas, y las diferencias impuestas por la naturaleza.

d) *Económica.*

La Mas. :. debe luchar para que cada hombre reciba por su trabajo exactamente el precio de su esfuerzo, como leal interpretación de nuestro principio de igualdad. Que pueda asegurarse que quien desee trabajar podrá hacerlo, seguro de obtener por ese medio lo necesario para llenar las exigencias de una vida decorosa y digna.

Lograda la anterior finalidad, suprimidas la miseria y la desocupación, la Caridad, como ayuda material, sólo subsistirá como elemento compensador que corrija el lógico y natural desnivel económico que pueden producir las distintas circunstancias que condicionan el esfuerzo de los hombres, menos favorecidos, o menos hábiles.

ORIENTACIÓN A SEGUIRSE PARA LOGRAR LAS
FINALIDADES PROPUESTAS

1º—*Disciplina y organización de la Ord. :.* Que cada H. :. ocupe el puesto que se le asigne, seguro de que nadie mejor que él puede desempeñarlo y que el éxito que obtenga contribuirá al triunfo de nuestros ideales. No interesa obtener glorias personales; el individuo debe desaparecer frente a la colectividad masónica. No hay puesto pequeño, no hay misión inferior.

2º—*Necesidad de tener siempre presente el verdadero concepto de H. :. mas. :.* Antes que miembro de una Log. :., o de un O. :., cada H. :. integra la gran cadena masónica que recorre y circunda el mundo.

3º—*Cumplimiento estricto, por parte de los HH. :., dentro y fuera de la Ord. :., en la vida mas. :. y en la prof. :.*

de todos y cada uno de los principios y fines que estructuran la Institución. Que cuando en el mundo prof. . se sospeche o se advierta, por los no iniciados, que se hallan en presencia de un mas. ., que experimenten, por la excepcionalidad de nuestra conducta, por la calidad de nuestra moral, sentimientos de admiración y de respeto para la Ord. . El valor de una colectividad, depende sustancialmente del de cada uno de sus miembros.

4º—*Propagación de nuestros principios básicos*, como medio de ser juzgados con exactitud. Hay necesidad de que el mundo prof. . conozca, en lo que es posible, el admirable contenido de nuestra Ord. .; ganaremos con ello en el concepto general, es posible que se incorporen a nuestra cadena eslabones valiosos, desvaneciéndose así una serie de mentiras tejidas por quienes tienen interés en mostrarnos como no somos. En ese sentido, la publicación del Boletín jalona el comienzo de esta serie de actividades.

. .

De todas y cada una de las finalidades esbozadas en el parágrafo primero, hay necesidad de formar conciencia en el mundo prof. ., ya que en el nuestro existe, y, sobre todo, lograr que se incorporen, real y positivamente, como soluciones de los innumerables problemas que se plantean en el diario vivir.

Nuestra colectividad está integrada por los mejores principios; nuestro triunfo será efectivo cuando esos principios se hayan generalizado. Como pudiera creerse, nuestra obra no tiene límite; nuevas conquistas, estadios más elevados de mejoramiento nos obligarán a empezar de nuevo. Poco debe importarnos que alguien de afuera crea que son sus ideas las que se imponen. No aspiramos glorias; nos sentimos felices viendo triunfar nuestros ideales, importa la obra, y no quiénes son sus autores.

Tenemos, dentro de la Institución, los elementos necesarios para alcanzar el triunfo; sólo hay que hacerlos actuar de acuerdo con la realidad de la hora que vivimos, esto es,

con ahorro de esfuerzos y en la obtención de fines precisos y concretos. El camino a seguir es el indicado en el párrafo segundo.

Tal es, en síntesis, el sentido y la intención de este mensaje, dirigido a la ilustrada y nobilísima comprensión del Ser.º, Gr.º, O.º, del Uruguay, a quien me complazco en saludar fraternalmente.



DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, 33º

EN EL CINCUENTENARIO DE SU FALLECIMIENTO

11 de setiembre de 1888 - 1938

Hay hombres que parecen elegidos para sintetizar en su personalidad y en la ejecutoria de sus vidas, todos los anhelos y todos los designios superiores de un pueblo, de una nación o de un continente.

Es posible que la tierra que los vió nacer, les haya transmitido en una misteriosa y admirable consubstanciación, junto con el alimento necesario para su vida orgánica, el espíritu del grupo social.

Hay algo tan grandioso e inusitado en ellos que los hace crecer y agigantarse a medida que se amplía el escenario en que actúan. Sin olvidar la rica y noble esencia de la educación patriarcal ni la pureza impecable del culto doméstico, necesitan elevarse por encima del ambiente señorial o solariego, para consagrar su sangre y su vida a la consecución de aspiraciones e idealidades propias y colectivas unidas en armonioso connubio.

Más que hombres, son símbolos; más que patrimonio y orgullo de un pueblo, ellos pertenecen a toda la gran familia humana.



DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
G.º. Com.º. y G.º. Maes.º.



Cuenta la tradición ática, que cuando Praxíteles esculpió para regalo de los sentidos y del espíritu de los habitantes de la ciudad de Cnido, su Venus legendaria, tomó doce muchachas griegas, las más bellas que conocía, y materializó en la perfecta y serena albura del mármol, lo mejor de cada uno de sus modelos humanos. Así creó la soberana imagen de la Diosa, arquetipo de todas las gracias. Imitó la Naturaleza, pero la depuró y la idealizó. No creó una Mujer, sino un Símbolo.

La vida espiritual y animal, se juntan y se funden en los símbolos en una extraña mezcla que hace casta la desnudez de las estatuas; como Prometeo con el fuego, ellas aprisionan un lenguaje superior que habla a todos los hombres sin distinción de razas, de creencias ni de nacionalidades.

Y les habla siempre con el mismo tono y en idéntico sentido. Los símbolos, como ciertos hombres superiores, tienen una virtud común: la lealtad. Son leales con los demás y con ellos mismos.

La vida ejemplar y luminosa de Sarmiento, trasunta a cada paso la excepcionalidad de su gran espíritu que impregna en filtración invisible su palabra honrada, sus lecciones magistrales y solemnes, sus confidencias solitarias, su recia figura que emociona y subyuga.

Todas las virtudes de cuya posesión nos enorgullecemos los hombres, hallaron en él terreno propicio para desarrollarse sin una claudicación, sin un desfallecimiento.

Por eso creemos que más que un hombre, fué un símbolo.

Nuestra Institución que lo contó entre sus más dilectos y calificados miembros, en el cincuentenario de su muerte, se inclina respetuosa ante su sombra venerada.

Síntesis biográfica de Sarmiento

Nació Sarmiento el 14 de febrero de 1811, en la ciudad de San Juan, capital de la provincia argentina que lleva el mismo nombre.

Refiriéndose a la época de su nacimiento, escribió este gran reformador social y educacional: "Yo he nacido en

1811, el noveno mes después del 25 de Mayo". Se sintió así, hijo espiritual de la Revolución de Mayo, que modeló con imágenes indelebles su mentalidad plástica, dándole dos arquetipos culturales que había de extender y arraigar en su país, para poblar el desierto de las almas, abatidas por la tiranía y la opresión.

A los cinco años de edad, en 1816, ingresa Sarmiento en la "Escuela de la Patria", que acababa de abrir sus puertas: figura siempre como uno de los alumnos más aventajados de su clase, distinguiéndose por su inteligencia y contracción al estudio. Por su comportamiento ejemplar conquista el título de "Primer ciudadano de la Patria".

En el año 1823, Rivadavia creó en Buenos Aires el Colegio de Ciencias Morales, y ofreció becas a varias escuelas de provincias. Sarmiento fué designado para encabezar la lista de los becados de su provincia; pero, siendo muchos los que deseaban obtener una de aquellas becas, hubo de efectuarse un sorteo que le resultó adverso. Fué por esa circunstancia que un pariente suyo, el presbítero José de Oro y Albarracín, lo llevó a su casa, constituyéndose en su verdadero maestro.

Cuando sólo tenía 15 años, en el correr de 1826, Sarmiento comenzó a actuar como Maestro, en una improvisada escuelita fundada por el presbítero Oro, en San Francisco del Monte, humilde caserío de la provincia de San Luis, en la que había tenido que refugiarse a causa de una revolución en su provincia natal.

Serias dificultades económicas obligan a Sarmiento a aceptar en 1827, un empleo en un almacén que poseía su tía y madrina doña Angela Salcedo, viuda de Sarmiento. Y allí, en los momentos que le dejan libres sus ocupaciones, continúa ininterrumpidamente su auto-educación, leyendo cuanto libro tiene a su alcance.

Dos libros impresionan especialmente su espíritu: las biografías de Cicerón y de Franklin que tienen influencia decisiva en la formación de su carácter, excitando su espíritu idealista y su amor a la verdad, con indomables deseos de proclamarla.

Tenía 15 años cuando inició su carrera militar con el grado de Teniente, y a los 20 ya tenía el de Mayor. Ingresa entonces en las filas de los unitarios, y lucha contra la tiranía de Rosas, hasta que en 1831 se ve obligado a huir a Chile, en compañía de su padre. Permaneció allí durante cinco años, siendo Maestro de escuela, empleado de comercio en Valparaíso y minero en Copiapó. Fueron cinco años de lucha ruda, tesonera, incesante; pero aún así, continuó estudiando como le era posible hacerlo: detrás de un mostrador, o en subterráneas galerías, a la parpadeante luz de su candil de peón minero.

Regresado a San Juan, funda en 1839 un periódico, "El Zonda", y el primer Colegio de Niñas. Eran estas dos creaciones, instituciones básicas de una sociedad nueva que Sarmiento anhelaba formar: la prensa para informar al pueblo y combatir errores colectivos, y la escuela para elevar el nivel medio social.

La anarquía y la tiranía que se extendieron durante los años de su infancia, de su adolescencia y de su juventud, fueron la escuela moral y política de este gran argentino, que no escatimó esfuerzos luchando por el mejoramiento de la humanidad.

En 1840 es encarcelado por los partidarios de Rosas; la Mazorca asalta la prisión en que se hallaba Sarmiento, y se le hace víctima de la burla y la venganza de menguados enemigos. Logra finalmente huir para Chile, y al atravesar la frontera escribe en la pared de un rancho la célebre frase de Fourtoul: "On ne tue point les idées", evidenciando, una vez más, el temple de su carácter y la fuerza de arraigo de sus convicciones.

Reside en Chile hasta 1845, realizando una fecunda y valiente obra como Maestro, escritor, periodista y político. Durante ese lapso de tiempo publica su primera obra literaria: "Mi defensa", y también un "Método gradual de lectura" y "El general Fray Félix de Aldao" y "Facundo". Estas dos últimas obras, de tendencia política, constituyen el pedestal de su fama literaria.

Escribe igualmente cantidad de artículos periodísticos en "El Mercurio", "El Progreso" y "El Nacional", luchan-



do siempre por la libertad y el triunfo de la verdad, que amaba varonilmente, y explicando que hay pueblos nacidos para la realización de grandes cosas, que desde su origen llevan señales de lo que harán un día, y diciendo que todo debe esperarse de los hombres animados del fuego sagrado que suple a todas las otras dotes para realizar la mudanza en la condición del pueblo.

Desde 1845 hasta 1848 viaja, en misión de estudio, por Europa y Estados Unidos de Norte América. En Europa conoce y trata a San Martín, Thiers, Guizot, Dumas, Lesseps, Pío IX y varios otros hombres de estado. La Sociedad de Profesores de Enseñanza Primaria de Madrid le nombra socio honorario y el instituto histórico de París, en brillante acto, le confiere el título de "Miembro extranjero" por su obra "Facundo". Desde Europa envía a la sociedad de Agricultura de Chile una "Memoria sobre la cría del gusano de seda" y a su regreso publica sus "Viajes por Europa, Africa y América" y presenta al gobierno chileno un informe titulado "De la educación popular", cuya publicación fué dispuesta oficialmente.

Asiste en 1852 a la batalla de Caseros, que puso término a la tiranía rosista, y entra en Buenos Aires formando parte del ejército libertador a las órdenes de Urquiza. Pide su baja del ejército, retirándose con el grado de coronel, y permanece en Chile hasta el año 1855, en el que empieza su ascensión vertiginosa: concejal, Jefe del Departamento de Escuela, Senador provincial, miembro de la Convención del año 1860, Ministro, Gobernador de San Juan, Ministro plenipotenciario ante los gobiernos de Estados Unidos, Chile y Perú, y, en 1868, Presidente de la Nación Argentina.

Durante su presidencia, dió considerable impulso a la educación popular, fundándose la Facultad de Ciencias Exactas, la Escuela de Minería y Agronomía, las Escuelas Normales de la República y de Paraná, varios colegios nacionales y bibliotecas públicas. Su nombre está vinculado a cantidad de obras de verdadera importancia: construcción de ferrocarriles (de Córdoba a Tucumán, el Trasandino, ampliación del Central Córdoba) y de numerosas líneas telegráficas.

Con su firma fueron creados el Colegio Militar, la Academia de Ciencias de Córdoba, la Escuela Naval, el Observatorio Astronómico de Córdoba, el Boletín Oficial, la Oficina Meteorológica Nacional, etc. Durante su mandato fué puesto en vigencia el Código Civil redactado por Vélez Sársfield; dispuso también la organización de la Contaduría de la Nación, la reglamentación del juicio por jurados, se subvencionaron las escuelas de provincia, su suprimió la prisión por deudas en causas civiles y mercantiles, y fueron realizados otros muchos proyectos de gran trascendencia.

Los estudios hechos por Sarmiento sobre inmigración, educación, libre navegación de los ríos, supresión de aduanas interiores, vías de comunicación, tierras públicas y diversas cuestiones económicas, inspiraron en gran parte la legislación argentina.

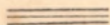
Los principios de libertad, justicia y solidaridad que son el basamento de nuestra Institución, no podían pasar desapercibidos al elevado espíritu de este hombre excepcional, y es así que en el año 1854, hallándose en Chile, fué iniciado en la logia "Unión Fraternal N° 1", siendo exaltado al grado 33 el 21 de julio de 1860.

En 1882 fué electo Gran Maestro de la Masonería Argentina por el período 1882-1885; puso al servicio de la Institución lo mejor de sus entusiasmos, y se esforzó por la resolución de los problemas que se le plantearon en el ejercicio de ese elevado cargo, dejando señalada huella de su paso por la Orden, que se honró contándole entre sus afiliados.

Después de hacer entrega en 1874, de la Presidencia de la República, a su sucesor el Dr. Avellaneda, ocupó importantes cargos públicos desde los que continuó trabajando por sus ideales con inigualada energía y verdadero ardor patriótico. Teniendo ya 76 años de edad, en el año 1887, los médicos le aconsejaron se trasladara al Paraguay, para atender su quebrantada salud; se dirigió, pues, a Asunción, en compañía de su hija y de dos de sus nietos.

En su retiro, continuó estudiando sin cesar, tal vez para vencer la melancolía que le había invadido, y en su sillón de inválido le sorprendió la muerte el 11 de setiembre de 1888.

Tal es, en síntesis, la biografía de este ilustre varón, sobre cuya muerte ha dicho Lugones: "La misma causa de aquella muerte es como simbólica de aquella vida. De habérsele agrandado el corazón, murió Sarmiento. Es decir, de lucha, de vigilia, de entusiasmo. En su poltrona de leer, frente a la ventana todavía llena de noche, expiró. Es el silencio de morir que tienen los árboles, dejando caer sus últimas hojas útiles."



AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD

LOS PROBLEMAS SOCIALES GEOGRÁFICO- ECONÓMICOS Y EL PORVENIR DE SUD-AMÉRICA

III

Decíamos al iniciar esta sencilla exposición de aspiraciones espirituales, que “no escapa ya a ningún espíritu si-
“ quiera elementalmente observador, la oposición de fun-
“ damentos de conciencia y, aún, de sub-conciencia, que se
“ señalan ilevantablemente entre los procederes europeos y
“ los americanos, y, quizá, y ante todo, con los sud-ameri-
“ canos” cuando comenzábamos a diferenciar determinados
procedimientos político-sociales de uno y otro Continente.

Esas líneas fueron escritas al finalizar el mes de marzo de 1938. Nunca pensó el autor que a tan corto plazo y en forma tan ilevante, sus palabras habrían de ser confirmadas doblemente. Por una parte, por una abdicación total, definitiva, de los más elementales e inmanentes principios de la solidaridad humana, del respeto a la propiedad ajena, del respeto a los Tratados más solemnes en una agresión sin precedentes para la libertad de conciencia y de propiedad, en una capitulación angustiosa y angustiante de la sinceridad y del Derecho ante la Prepotencia y la Simulación. Y por otra parte, esta vez afortunadamente como valor positivo, por el reconocimiento de la eficacia sorprendente de la influencia Americana sobre las resoluciones europeas, aún sobre las de aquellas mismas Prepotencia y Simulación,

escritas así, con mayúsculas, como entidades actuantes, en una increíble y desesperante resurrección de los postulados maquiavélicos de EL PRINCIPE.

¿Cabe dudar aún, a los americanos, de la realidad de la decadencia del *Occidente* del Mundo Antiguo? Ya no es necesario estudiar a Spengler ni comentar los fundamentos de lo que para aquel alto espíritu era exteriorización de decadencia para los pueblos del occidente europeo. No. Ahora *se ha visto*, es más: *todos hemos visto* esa decadencia, todos los Hombres de Bien, —que aún los hay...—, la han palpado y ha existido un pueblo, —que mañana puede ser *nuestro pueblo*—, que *la ha sufrido*.

Pero, mínimo rayo de luz en la oscuridad del momento, todos, también, hemos comprobado la existencia y la realidad de la influencia detentiva de la acción americana, en ese mismo instante en que, aquella Prepotencia y aquella Simulación, *han tenido que oír* el reclamo americano configurado en un llamado a la realidad humanista, que un portavoz de América, —nada importa quién haya sido, basta que fuera americano—, presentó ante el concierto de las Naciones definiéndolo desde ya, el que habría de ser, en un futuro bien próximo, el fallo inapelable de la Historia.

. . .

Pero es necesario definir ese proceso histórico de este supremo instante que hemos vivido, en agregación, para los que hace ya más de veinte años, también vivimos, igualmente angustiados, aquel otro instante de *cuatro años* de duración, —(nada, es cierto, en la vida de la Humanidad, pero tanto, ¡tanto!, en la vida de un hombre)—, en que diez millones de hombres murieron en los campos de Europa, en aras, para muchos de ellos, quizá la mayoría, de ideales o principios ignorados o incomprensidos, cuando no contrarios a directivas de las conciencias individuales de los luchadores.

Como resultado de aquel instante histórico, configurado en los números 1914/1918, surgió a la vida de las Na-

ciones, una entidad estatal en la que, uniendo artificialmente y arbitrariamente trozos étnicos y territoriales de variada procedencia y espiritualidad, se les dió entidad de Estado, dentro de una sola expresión geográfico-política, intentando resumir así en una sola entidad, las aspiraciones de libertad, más espiritual que física, configurada, para cada uno de aquellos grupos, al través de décadas, y a veces de centurias, de opresión, de una opresión singularmente dura, como lo son las que se ejercen sobre pueblos de alta cultura espiritual.

Pero, para dar cohesión y seguridad de existencia a la nueva entidad política así formada, se le concedió a la vez, la delimitación territorial que habría de permitirle, por su propia naturaleza físicamente abrupta, configurar la defensa material de sus tierras, de otra manera dominadas total y definitivamente, por quien dominara, siendo extranjero, aquellas defensas naturales. No se recordó entonces, o si se recordó se omitió voluntariamente, que aquellas precisas y dominadoras alturas delimitadoras habían sido antes, —algo así como dos siglos antes—, ocupadas manu-militari por una emigración forzada, de características sustancialmente militares, de pobladores pertenecientes a una nación *distinta* de los núcleos étnicos que servían de base a la nueva entidad política que se creaba; más que distinta, *opuesta* como tendencia espiritual y como configuración mental. No es por cierto el ánimo del autor comentar, con esas palabras ni con ninguna de este estudio, ni juzgar, ninguna de las tendencias en pugna; de ninguna manera. Para el autor, lo que está en juego, y comenta, no son pueblos ni idealidades determinadas sino proceder internacionales, abstractamente considerados.

Pero, configurada aquella nueva nación, su pueblo, unido, formó un magnífico conjunto de trabajadores incansables, de un espíritu de unidad extraordinario, de la más alta capacidad artística, técnica e industrial, con dotes excepcionales de organización dentro de la más pura democracia, cultor firmísimo de los *Derechos del Hombre* de la Revolución Francesa condicionados al cumplimiento de un verdadero Código de Deberes Cívicos, al extremo de ser, pese

a su condición de europeo, uno de los más integrales cumplidores de los postulados contenidos en la *Declaración* que el 6 de enero de 1916 formularon en Wáshington los fundadores del *Instituto Americano de Derecho Internacional* definiendo los *Derechos y los Deberes de las Naciones* con estas palabras:

DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS Y DEBERES DE LAS NACIONES

“1º Toda Nación tiene derecho de existir, de proteger
“ y conservar su existencia, pero ese derecho no implica la
“ facultad ni justifica el hecho de que un Estado cometa,
“ para protegerse o conservar su existencia, actos injustos
“ contra Estados inocentes que no hacen ningún mal.

“2º Toda Nación tiene el derecho de independencia
“ en sentido de que ella tiene derecho a perseguir la felicidad y de que ella es libre para desarrollarse sin intervención ni controles de los demás Estados, siempre que al
“ obrar así, no cometa ni intervención ni violación de los
“ justos derechos de los otros Estados.

“3º Toda Nación es, en derecho, y ante el derecho, igual a todo otro miembro de la Sociedad de las Naciones (1); y todos los Estados tienen derecho a proclamar y, —en conformidad a la declaración de independencia de los Estados Unidos,— a asumir, en el concierto de las potencias del Globo, la situación separada e igual a que las leyes naturales y divinas le dan derecho.

“4º Toda Nación tiene derecho de poseer un territorio dentro de límites determinados y de ejercer una jurisdicción exclusiva dentro de su territorio, así como sobre todas las personas extranjeras que en él se encuentren.

“5º Toda Nación goza de un derecho en virtud de

(1) La expresión “Sociedad de las Naciones” utilizada en esta DECLARACION cuando aún no existía dicha entidad política es de orden abstracto aun cuando resultó realidad... para las Naciones integrantes de la Sociedad creada bajo la inspiración del Presidente Woodrow Wilson que aún cumplen sus postulados.

“ la ley de las naciones; y tiene el derecho de verlo respetado por todas las demás Naciones, porque el derecho y el deber son correlativos y porque, donde hay un derecho, todos tienen la obligación de acatarlo.

“6º El Derecho Internacional es, a la vez, nacional e internacional; Nacional, en el sentido de que es ley del país y como tal se aplica a la solución de las cuestiones que ponen en juego sus principios; Internacional, en el sentido de que constituye la Ley de la Sociedad de las Naciones y como tal se aplica a todas las cuestiones suscitadas entre los miembros de la Sociedad de las Naciones y que ponen en juego sus principios.”

Sobre tales bases, aquel conglomerado etnográfico extraordinario organizó su Estado pese a su extravagante configuración territorial, pese a la diversidad de sus *seis* núcleos etnográficos, pese a su aislamiento concepcional, —(positiva *isla* de democracia en un mar de regresión y de totalitarismo)—, y, verdadero modelo de organización, de respeto y de tolerancia, alcanzó, en veinte años, una de las posiciones más respetadas en el concierto europeo e internacional. Y prosperó en forma tal que pudo organizar, también, la defensa material más que de su solar extravagante, de su mentalidad y de su espíritu, ambos de excepción. Pudo así, organizar aquella frontera áspera sin la cual sus restantes tierras, de menores alturas (dadas las modalidades seculares de las entidades políticas extrañas de que aquella frontera natural la separaba), carecían de toda posibilidad de existencia, y, con los recursos de una economía perfecta y con el esfuerzo incansable e inteligente de sus hijos, *de todos ellos, sin excepción*, rodeó y defendió su solar de paz y de libertad con una eficacia tan excepcional, que nadie podría, fuere quien fuere, violar impunemente aquella tierra sin tener presente, estar dispuesto a sufrir, incalculables consecuencias.

. . .

Creación espiritual de un Maestro viejo, de un Hombre de Fe y de Honor, aquel pueblo *creyó* en los demás porque creía en sí mismo, y la Fe que atribuía a su Palabra, la atribuyó a la de los demás. Y constituido en el Baluarte Central Europeo de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad, lo fué, también, de la Buena Fe, de la Conciencia Política y de la Solidaridad.

Pero permítase al autor, —deseoso de aclarar totalmente su pensamiento,— establecer una suposición que permitirá quizá, mejor y más claramente, seguirle en su composición de lugar.

Todos, cualquiera que haya sido en aquellos instantes la posición mental o afectiva de cada uno, conocimos el *caso de Bélgica* en 1914. Todos, también, conocemos la situación etnográfica y territorial, pongamos por caso, de Suiza, de Holanda y de la misma Bélgica de hoy, pueblos modelos si los hay, pacíficos, en verdad constituidos tan sólo por comerciantes que sólo anhelan la Paz como supremo don, pero que, conscientes de su posición internacional y de las realidades de la Civilización actual, destinan, ante la imperiosidad de los hechos brutales de la actualidad política, una gran parte de sus fortunas o beneficios, a la organización defensivo-protectora de sus solares, expresiones materializadas de sus idealidades espirituales por cierto bien dispares de las imperantes en los Estados totalitarios que les están próximos.

Y bien: ¿Concebiría acaso nuestro espíritu de americanos, que a esos pueblos modelos, verdaderos modelos, tolerantes, respetuosos de los derechos ajenos, incapaces de dañar a nadie, pero capaces, por el contrario, de hacer el bien, concebiríamos acaso, repetimos, que un buen día cualquier vecino más poderoso, recordando que aquellos países felices están constituidos por agrupaciones que en su origen fueron de ramas raciales, —(de *ramas*, ni siquiera de *Razas*!),— diferentes, —germanos, franceses e italianos en Suiza, germanos y franceses en Bélgica, germanos exclusivamente en Holanda—, le *pidiera* a cada uno de aquellos tres países, junto con el traspaso de millones de sus ciudadanos, la entrega *inmediata y total* de sus tierras, sus bienes,

cualesquiera que ellos fueran, y, —¡oh, ironía!—, de sus propias defensas territoriales, de aquellas mismas defensas territoriales construídas con supremo esfuerzo económico, *no para agredir* sino simplemente para asegurar y garantizar al propio solar contra la posible y temida agresión del mismo solicitante, y concebiríamos, que no sólo las pidiera y *las obtuviera*, sino, además, que *las pudiera convertir*, aquellas tierras, aquellos bienes y *aquellas defensas* en elementos de amenaza, de permanente coersión, de asfixiante coersión para con el mismo pueblo que las había edificado para su propio bienestar, su felicidad y su auto-protección?

Y concebiríamos, también, que esa apropiación fuera tan absoluta y total que ni siquiera llevara consigo la obligación del respeto al derecho de vivir del remanente del pueblo despojado ni la de dismantelar la obra militar que de presuntivamente eficaz para la protección de quien la erigió se convertía en el instrumento de su agonía y pasión? Y concebiríamos, por si eso fuera poco, que la supeditación premeditada, fuera de índole tal que anulara para siempre jamás la independencia económica de los remanentes de aquellos pueblos de hombres de bien y de trabajo aun cuando ella se sometiera incondicionalmente a la del nuevo dominador aparentemente indirecto en las palabras pero aplastante directo en los hechos?

Concebiríamos que las armas y defensas previstas por el pueblo despojado tan sólo para su resguardo, y con ellas sus industrias, su técnica, sus usinas, sus talleres, *con sus especialistas todos*, sin excluir nada, en una totalidad de absorción tan brutal que llega casi a incluir en derecho de pensar, por lo menos en lo que el pensamiento tiene de enunciable, y que, ¡además!, esa apropiación se realice sin reparación, sin indemnización alguna, tal como si se tratara de un saqueo, de una derrota de la época pagana más ancestralmente cruel y anulatoria?

Y concebiríamos, finalmente, que la imposición definitiva de esa apropiación *en saqueo* despojante la realice, *no el ansioso que la anhela y espera disfrutarla sino quien* —es decir: *quienes*.— hasta ese mismo instante eran *los aliados* en vida y muerte, aquellos mismos aliados para benefi-

cio principal de los cuales aquel pueblo chico se organizó y armó y, —(paradoja cruel pero aleccionadora y justificiera),— contra los cuales serán utilizadas en el plazo mínimo de tiempo necesario para justificar lo injustificable, esto es: la nueva violación de la palabra empeñada o del pacto firmado?

. . .

Decía Suetonio, hace más de mil años, en su perdurable *"Vida de los Doce Césares"* al referirse a la de Tito Flavio Domiciano, que en cierta oportunidad el Déspota: "Había hecho llevar ante el Senado algunos ciudadanos acusados de lesa majestad diciendo que "en aquella ocasión experimentarían el celo de la Asamblea por su persona" por lo cual los condenaron (los Senadores) al suplicio que determinaban las leyes antiguas (1). Asustado él mismo por la atrocidad de la pena, quiso prevenir su mal efecto e intercedió por ellos en estos términos (porque no es indiferente repetirlos): "Permitid Padres conscriptos, que reclame de vuestro afecto hacia mí una cosa que bien sé háseme de conceder, difícilmente, y es que los condenados puedan elegir su género de muerte. Os libentaréis así del espantoso espectáculo, y todo el mundo comprenderá que yo asistí al Senado!!"

Y ahora, mil ochocientos cincuenta años después de Domiciano, ¿qué es lo que se le ofrece al pueblo despojado sino la opción entre el género de muerte civil a que se le condena? Porque la opción es clara: o morir luchando, ya, enseguida, en la proporción de uno contra diez, *por lo menos*, puesto que hay que admitir la posibilidad de que los pretendidos amigos unidos en la gestión al declarado agresor, al no ser obedecidos, se sumarán en la agresión, o morir lentamente, en declinación forzada, oprimidos por las propias magníficas obras que su perdurable y notable esfuerzo hiciera en procura del Bien, el Progreso y la Feli-

(1) Se enterraba vivo al delincuente.

cidad, manejadas ahora en contra suya, mientras sus hombres restantes sólo vivirán, sin tierra ni estado civil, para trabajar sin beneficio por el bienestar de los opresores y mientras sus mujeres sólo darán a luz sabiendo que sus hijos ya no serán libres ni tendrán derecho a gozar de aquellos bienes que sus padres realizaron. Y no lo serán porque entre sus verdugos figuran las dos más grandes naciones de la Tierra, ayer sus amigas, que les han negado el apoyo de sus cuatrocientos millones de hombres... Y son ellas las que han decretado e impuesto la entrega *sin condiciones*.

¿No es ésto, por ventura, una regresión? ¿Es que, por ventura, al día siguiente de haber condenado en esa forma a un pueblo que así paga su delito de haber confiado en aquellos otros grandes pueblos que le juraron amistad y le exigieron la suya, pueden los hombres que tal cosa hicieron, y con ellos sus mujeres, sean ellas plebeyas o reales, ir *a dar gracias al Señor* por haber preservado al Mundo de una guerra?

. .

Pero es que, piénsese un instante, ¿qué diferencia existe entre ese holocausto de un pueblo ante la insaciedad de UN hombre, con aquellos sacrificios humanos del paganismo más cruel, cuando, para obtener la benevolencia de los dioses de dolor y de venganza de las Mitologías o del Fetichismo, brutalmente temido antes que amado, no se vacilaba en sacrificar no ya a los cautivos sino a los propios hermanos en Humanidad o en Tribu, y, a las veces, hasta al hijo y al hermano? Porque, acaso no ha sido éste el sacrificio de *un hijo*, el más integral y auténtico de la Sociedad de las Naciones? ¿No eran, acaso, sus habitantes, hermanos de los ciudadanos o súbditos de las Naciones que les han impuesto la auto-vivisección? Y no es, en una paradoja, que sería irrisoria si no fuera tan trágicamente cruel y sangrienta, que tal cosa pueda ocurrir cuando, arquitecturada por esas mismas Naciones, *existen y están en acción* en el Mundo un Tribunal de Justicia Internacional

y una Corte de Arbitraje en La Haya y una Sociedad de las Naciones en Ginebra?

. . .

El autor pide excusas por su indudable exceso. Pero el autor es ciudadano de un pueblo chico, envidiado, y su deseo hubiera sido morir seguro de que este su pueblo podría persistir ya que sólo anhela hacer el bien, para sí y para los demás. Pero la realidad está ahí, la hemos sufrido todos; está a la vista, latente aún, en un latir de agonía que causa espanto...

Y entonces, ¿qué pueden creer, qué pueden esperar, en qué pueden confiar, las naciones de esta América, en pueblos que así proceden para con sus hermanos y mejores aliados?

Ya lo hemos dicho: Nada. "*América puede ser, mejor dicho, es ya, la esperanza del Mundo...*" —ya lo hemos dicho en estos mismos artículos,— pero para salvar esa Esperanza que configura América, hay que unir a nuestra América, total, integralmente...

Trabajemos por y para ello. La Escuela americana es la esperanza y la segura salvación o, mejor dicho, en ella está aún, por suerte, la esperanza de aquella salvación.

Luchemos, pues, por un mayor y más intenso entendimiento continental.

Un pensamiento popular japonés, de ese pueblo símbolo del totalitarismo teocrático-militar dice que "*Una hoja que cae anuncia el Otoño...*" es cierto. Pero a esa negación desesperanzada opongamos la realidad de nuestra América en esta afirmación: "*Un capullo que florece inicia la Primavera...*"

Y América acaba de dar al Mundo no uno sino múltiples capullos en flor, anuncios claros de una Primavera espiritual inextinguible...



UNA LIBERTAD DIFÍCIL DE ADQUIRIR

III

Además de los factores que limitan e intervienen en los procesos internos del pensamiento, hay elementos externos que lo condicionan y lo circunscriben. Uno de ellos, el lenguaje, merece considerarse especialmente por ser por excelencia, el instrumento insuperable en el difícil arte de trasvasar nuestro mundo interior y ofrecerlo a los demás hombres en una magnífica y misteriosa transmutación.

Son muchos los problemas que el lenguaje plantea al estudioso; varios de ellos permanecen aún sin dilucidar, otros sólo revelan los ingentes esfuerzos realizados para solucionarlos. Lo que es indudable es que el uso de la palabra ha hecho progresar a los hombres alejándolos velozmente de la animalidad primitiva y en ese sentido afirma Drummond, "que todo el período que podría denominarse de "pro-lalia" o de "pre-lenguaje", puede considerarse como anterior a la Humanidad: "el Hombre no constituyó una especie nueva sino cuando cesó de ser "alalus".

El lenguaje es, en realidad, un intermediario entre dos pensamientos: un pensamiento *que se expresa* y un pensamiento *que se estimula*. Por esa razón debemos estudiar dos clases de cuestiones: unas relacionadas con las posibilidades que el lenguaje nos ofrece de traducir más o menos fielmente nuestro pensamiento elaborado por los procesos superiores del espíritu, y otras, que nos muestran, en lo posible, *cómo* reaccionamos psíquicamente estimulados por él.

Tener conciencia clara de las precitadas cuestiones, es el mejor camino que podemos elegir para no cometer una

serie de errores que obnubilan el pensamiento de los hombres y cercenan su libertad.

Sepamos usar ese maravilloso instrumento que significa la palabra sin pretender en todos los casos, lograr eurítmica perfección en la forma, que el alcanzar éso, es don de pocos, y, procuremos defendernos del hechizo que ejerce la musicalidad de ciertas frases que disimulan pensamientos raquíuticos, cuando no vacíos de sentido.

Estamos convencidos de la importancia que ha adquirido el lenguaje como estimulante del pensamiento y éste, a su vez, de la acción y de la conducta humana. Los notables trabajos de investigación realizados por Kantor, Pávlov, Watson, Weiss y la escuela de Würzburg, por no citar otros, han aportado interesantes sugerencias a este último problema científico.

Para justificar, por lo menos en parte, la razón que nos asiste al formular la afirmación anterior, que no deseamos se califique de apriorística, permítasenos una digresión antes de ocuparnos del lenguaje en sí.

Al estudiar el alma humana, los hechos de conciencia los dividimos en tres grandes grupos: inteligencia, afectividad y actividad. Se agregan a ellos como capítulos separados, los todavía inciertos conocimientos que tenemos de lo subconsciente y de lo preconscious. En la realidad el hecho psicológico puro no se presenta nunca; los estados y funciones anímicas que podemos conocer en grado más o menos aceptable, son una mezcla de varios de ellos.

Pues bien, a pesar de que la actividad y la afectividad son genéticamente las etapas primarias de la vida psicológica, la inteligencia, la vida representativa y razonable, ha adquirido en el estado actual de la evolución una importancia extraordinaria porque se piensa que las funciones afectivas y motoras, están frecuentemente inhibidas y condicionadas por aquélla.

Es natural que existen infinidad de reacciones activas y afectivas en cuya producción no interviene la inteligencia en toda su intensidad y hasta es posible, que algunas de ellas se produzcan totalmente al margen del proceso intelectual, pero no se puede negar la primacía y la superior alcornia que las funciones representativas han alcanzado.

Pensar y obrar, parecería ser hoy la síntesis de la vida superior.

¡Qué riqueza de sugerencias y qué cantidad de consecuencias puede inferir el investigador de este trueque de jerarquías sufrido por los hechos de conciencia que hace que los primeros en el tiempo, se subordinen a los últimos!

Porque el pensamiento es acción en potencia, porque es seguro que quien piense rectamente obrará mejor, por eso, debe preocuparnos todo lo que con él se relacione.

. . .

Conviene precisar que los procesos psíquicos que dan forma y estructura al pensamiento, son anteriores a la palabra, no son concomitantes como pudiera creerse. El pensamiento se produce aún sin la palabra; una prueba de ello la tenemos cuando nos cortamos en el momento de hablar porque no hallamos con la rapidez y oportunidad debida el vocablo justo que la exteriorice. La "palabra" mental o interior, es muchas veces más viva, más intensa y *siempre* más exacta que la que pronunciamos como traducción del lenguaje anímico. No siempre el delirio del místico o la inspiración del artista, que son estados interiores del alma, encuentran la palabra o el signo que exteriorice con fidelidad su riqueza interior, ora de una finura afiligranada que arrulla al espíritu o de una sonoridad y rudeza cuyo eco nos impresionaría si llegara a nuestro oído en su exacto y primario contenido.

Por eso es común oír como síntesis de esa impotencia relativa la siguiente expresión: Lo comprendo, lo siento, pero no lo puedo expresar.

Lo que acontece es que hablamos primero con nosotros mismos y el oído, que desempeña el papel de un verdadero espejo, nos muestra la falta de correspondencia entre el pensamiento y su expresión; esto permite que a veces corrijamos en parte el pensamiento ya emitido porque lo juzgamos falto de veracidad y de exactitud.

Cefir la elocución al pensamiento, convertir el "querer expresar algo", en "poder expresarlo", constituye la esencia del hablar.

El hombre es un ser natural y biológicamente social y experimenta la necesidad de comunicar a sus semejantes lo que acontece en su mundo interior; como no puede manifestar las ideas mismas porque éstas son incorpóreas, las traduce en signos.

El número y la calidad de los signos que con ese fin usa, es muy variado: la música, la palabra, la risa, el llanto.

Idealmente considerados, los signos son una relación de una cosa —que es la que sirve de signo—, con otra que es la expresada. No hay, como se comprende, identidad o confusión absoluta entre ambos, sino una relación inteligente. De los signos más simples y rudimentarios que serían la risa, el llanto y en general los actos reflejos, que constituyen el lenguaje natural y espontáneo, se llega a los signos reflexivos que son elaborados con intervención de las funciones superiores del espíritu.

La palabra ha sido hecha para expresar la verdad, sin embargo a veces por inopia nuestra, otras por las razones que ligeramente hemos expuesto, no refleja ella toda nuestra realidad, siempre queda algo íntimo que escapa a la concreción del signo.

Hay necesidad de tener conciencia de todas las dificultades que ofrece la expresión del pensamiento, pues es común encontrar hombres que razonan impecablemente y producen la ilusión contraria, porque son traicionados por su falta de medios de expresión. El conocimiento de las dificultades idiomáticas hará que nos preocupemos de corregir en lo posible nuestras faltas.

La posesión de un léxico rico, es decir, el conocimiento de un gran número de términos y cierta agilidad en su uso, es un medio recomendable; generalmente existen varias voces para expresar la misma idea, pero alguna de ellas por su sonoridad, su precisión, por ser más conocida o simplemente porque presentimos intuitivamente que nos conviene, nos da la flexibilidad necesaria para trasvasar fielmente nuestro mundo interior.

La técnica de las combinaciones posibles del lenguaje, las leyes que presiden la construcción, son también de gran utilidad y fundamentalmente la realización de imágenes dan un gran poder de concreción y de evocación simbólica al

lenguaje. Aristóteles dijo, no sin razón: "No se piensa sin imágenes". Pérez de Ayala, el fino escritor hispano, también dice: "Todas las palabras son originariamente imágenes".

En el enriquecimiento del léxico hay dos problemas: uno de cantidad y otro de selección; variedad de vocablos y certeza al escoger el que mejor conviene en cada caso.

Relacionado con este tópico, Unamuno dice enjundiosamente: "¡El nombre! El nombre es la esencia humana de cada cosa. Un objeto cualquiera natural, una roca, un árbol, un río, un monte, un lago, un animal, se hace humano, se humaniza y hasta se domestica cuando un hombre, en una lengua cualquiera, le pone nombre. Adán se adueñó, según el Génesis, de los animales todos, poniéndoles nombres. Y es por ésto por lo que los hombres luchamos más por nombres que por las cosas, ya que cosa sin nombre no es humana. Por nombres y por motes."

Además, se necesita conocimiento de la técnica de las combinaciones elocutivas y cierta habilidad en la obtención de imágenes que traduzcan con el poder de evocación de sus giros la apacible serenidad que caracterizan la primavera y el ocaso de la vida, la exaltación desordenada y tumultuaria de la juventud o la rígida y equilibrada visión de la edad madura.

..

El segundo aspecto del problema que estudiamos reviste también excepcional importancia. Si la palabra que oímos no corresponde en el espíritu a cierta idea, es señal inequívoca que ella no nos dice nada, que no la comprendemos, que es posible que exprese exactamente el pensamiento de quien la pronuncia pero es incapaz de estimular el nuestro.

Por eso la escuela filosófica escocesa, estudiando este mismo asunto, habla de dos facultades o capacidades totalmente distintas: una que podría llamarse *de expresión*, cuyo fin sería el de producir elocuciones ajustadas a nuestra realidad interior y otra *de interpretación*, capaz de vibrar exactamente con el contenido de la palabra oral o escrita que llega a nuestros órganos sensitivos.

Gracias a esta segunda capacidad es que asimilamos por

medio del lenguaje el espíritu de las generaciones pasadas y podemos vivir la realidad presente y transmitir la nuestra, a las venideras. Comprendiendo esto, pudo decir Leibnitz que el presente está lleno del pasado y preñado del porvenir.

Para aquilatar en todo su significado y valor la importancia que tiene el lenguaje y su relación con el contenido y orientación del pensamiento, alcanzaría con comprobar que todos los filósofos han procurado penetrar e investigar las leyes que regulan su formación y determinar la influencia recíproca que ambos ejercen.

Bacon, el conocido representante del empirismo en el siglo XVII, en su obra "Novum Organum", intenta agrupar en cuatro clases perfectamente distintas, las innumerables causas que nos inducen a razonar equivocadamente y designa con el nombre de "ídolos" cada uno de esos grupos. Uno de ellos, "ídola fori", estudia el extraordinario poder que tienen las palabras para oscurecer los pensamientos, incurrir en falacias y en error. Bacon, juzga a estos "ídolos", los más perturbadores de todos.

Conviene tener en cuenta que después del "Organon" de Aristóteles, la citada obra de Bacon constituye uno de los ensayos más serios realizados con la intención de encauzar el pensamiento humano por el camino recto.

Descartes, el recio autor del "Discurso sobre el Método", en sus "Principios", señala al lenguaje como causa importante de error. Malebranche, ilustre cartesiano, tampoco descuida este aspecto en su obra "Investigación de la Verdad", calificada como uno de los estudios más minuciosos y completos sobre el error, sus causas y sus remedios.

Balmes, periodista y filósofo español del siglo pasado, escribió entre otras obras, "El criterio", de la que dijera Menéndez y Pelayo en un juicio consagratorio como todos los suyos, "que era una verdadera higiene del espíritu". No olvidó el cristiano autor, el valor y la importancia que inviste la palabra en sus dos funciones sustanciales: fidelidad en la expresión de nuestro mundo interior y elemento evocador de situaciones vividas o imaginadas. Por eso, más de un párrafo de la obra citada, contiene atinadas observaciones sobre el particular.

Vaz Ferreira, en sus hermosos trabajos sobre "Lógi-

ca", estudia muchos paralogismos en que incurrimos a menudo al trasvasar nuestros pensamientos a los moldes ya hechos que nos brinda el lenguaje.

Que tienen las palabras un poder taumatúrgico especial, no se puede negar a poco que analicemos situaciones en que hayamos actuado cada uno de nosotros.

La palabra justa, bien elegida y pronunciada en un ambiente propicio, sugestiona y hechiza al oyente hasta el grado de hacerlo reaccionar en contra de sus propias convicciones.

Se necesita una rígida disciplina mental y un dominio muy grande para no sufrir esta influencia sino en su justo grado y, realizar el análisis y la disección de un pensamiento expresado armoniosamente y escrito o pronunciado con un fin predeterminado.

En parte y con las consiguientes diferencias, en esa taumaturgia de las palabras tienen fundamento subjetivo y psicológico muchas escuelas literarias tales como el esteticismos, el simbolismo y el preciosismo de los parnasianos. Los decadentistas que tuvieron por principal jefe a Verlaine, sostenían que el efecto de la poesía no era el de dar imágenes claras y definidas sino el de producir impresiones vagas, indecisas y sumergir el alma en una especie de ensueño o de alucinación. Las palabras debían combinarse teniendo en cuenta su musicalidad y se las creía capaces de producir una audición coloreada, que es un verdadero estado patológico propio de ciertos neurópatas.

Por eso creemos que hay inusitada profundidad en un consejo o máxima que leímos no sabemos dónde y que reproducimos como un llamamiento hecho a la conciencia de nuestros lectores:

"Cuando tu espíritu se halle frente a una idea, a un principio o a una orientación, defiéndete del ritmo de la palabra escrita o de la armonía de la elocuencia que cautiva y arrulla tus sentidos y analiza desde un plano sereno y superior su contenido, y al discernir, no olvide tu conciencia la extensión de tu propia responsabilidad."

La obtención de una mayor libertad interior, nos hace más dignos pero más responsables.

La Dirección del "BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY" pide y agradece canje. Solicita también la remisión de libros y publicaciones para este Boletín.

La Direction du "BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY" désire et remercie l'échange. Sollicite également l'envoi de livres et publications pour ce Bulletin.

The Direction of "BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY" is very grateful for the exchange. Desires the remittance of books and publications for this Bulletin.

Dirección:

Adresse:

Address:

Sr. Director del

"BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY"

CALLE DR. DUVIMIOSO TERRA, 1481

MONTEVIDEO — URUGUAY
(AMÉRICA DEL SUD)



TIPOGRAFÍA ATLÁNTIDA - ZABALA 1378 - MONTEVIDEO